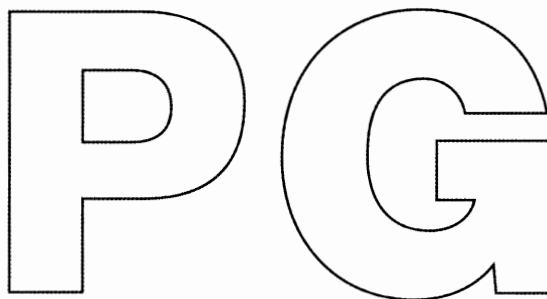


COLECCIÓN DEL ESPAÑOL URGENTE

Una palabra ganada

Humberto Hernández

Notas lingüísticas
(2.ª edición corregida y aumentada)



Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

Índice

1998

1. Vulgarismos	29
2. El efecto estupidez	32
3. Satisfacer	36
4. Solo español	38
5. Por imperativos	41
6. Prácticamente	43
7. Acentos	46
8. El estilo	49
9. Modelos de lengua	52
10. Neologismos	55
11. Ustedes, por favor	57
12. Canarismos	60
13. Diccionarios dialectales	63
14. Más sobre diccionarios dialectales	66
15. Anglicismos	69
16. Regímenes	73
17. Servidumbres	75
18. Telefónica le informa (de) que	78
19. Responsabilidades	81
20. Nuestro idioma	84
21. El fraude lexicográfico	87
22. La degradación de las palabras	89
23. Los infalibles correctores	92
24. Regalar un libro	95

ÍNDICE

1999

25. La manipulación lingüística (Sobre el dudoso éxito de la enseñanza).....	98
26. Pretextos.....	101
27. Paradojas.....	104
28. Diccionarios generales.....	107
29. El «Cibergénero».....	110
30. De analogías y otras extrapolaciones.....	114
31. «Delante mío» y otras construcciones similares.....	117
32. Gramática, ¿para qué?.....	120
33. Arbitrariedades.....	123
34. Obras de consulta.....	126
35. Advertencias.....	130
36. Verbos.....	133
37. Caprichos.....	136
38. La nueva <i>Ortografía</i> académica.....	138
39. Otra vez con la <i>Ortografía</i>	141
40. Locos por la lengua.....	144
41. Campanas al vuelo.....	146
42. Los eventos consuetudinarios.....	149
43. Por esnobismo.....	152
44. Lenguas.....	154

2000

45. Venezuela.....	157
46. Hablar mocosuena.....	160
47. El «ranking».....	162
48. Caos mayúsculo.....	165

49. Tendencias	169
50. Un regalo	172
51. Plural y anárquico	175
52. Unas dudas cualesquiera.....	178
53. Con el debido respeto	181
54. Proselitismo	184
55. Para nada	188
56. El queísmo	190
57. Actas y citas	193
58. Motu proprio.....	196
59. Ampliaciones.....	199
60. Reducciones	202
61. El senador desaforado	205
62. Cóctel lingüístico.....	208
 2001	
63. Desinquieta.....	211
64. Adelante	214
65. «La pegó»	217
66. Por economía	220
67. Por parte de.....	223
68. Ortología	226
69. Inmutado.....	229
70. Los «sin papeles».....	232
71. Ningunear	235
72. Nuevas tecnologías (Los diccionarios informatizados)	239
73. La peor noticia.....	242

ÍNDICE

74. El <i>DRAE</i>	245
75. Periodistas	249

2002

76. La lengua disfrazada	252
77. Con la misma cantinela.....	255
78. Artículos	258
79. Humanismo en las mazmorras.....	262
80. Clientes.....	265

2003

81. Piche y chapapote.....	268
82. Casus belli.....	271
83. Bagdadíes.....	274
84. En olor de multitud(es).....	277

Uno de los mejores gramáticos españoles del siglo XX (en algunos aspectos el mejor), Salvador Fernández Ramírez, expresaba hace cuarenta años su extrañeza al observar el enfriamiento, por entonces, del interés en nuestro país hacia los problemas normativos de la lengua, interés que con sus artículos en la prensa habían mantenido encendido, durante los primeros decenios, plumas tan vivaces como la de Mariano de Cavia o tan doctas como la de Julio Casares. Comentaba Fernández Ramírez que a aquellas «belicosas y divertidas escaramuzas» había sucedido un silencio de muerte, que él estimaba como un síntoma más de un fenómeno general: «el adelgazamiento o enrarecimiento que en los últimos años ha experimentado la crítica en el escenario de la vida literaria española» (aquellos últimos años eran los de nuestra posguerra). Pero enseguida matizaba: el eclipse era más aparente que real. La actividad crítica y censoria no había cesado, sino que había dejado de frecuentar las tribunas y prefería ejercitarse en la tertulia y en el cenáculo.

En realidad, por entonces empezaba a dar señales de vida en los periódicos —bien que no con un empuje llamativo— una nueva crítica del lenguaje, ahora consolidada con la presencia de algunos lingüistas profesionales, lo que, si por un lado le podía restar un tanto de ligereza y gracia, y también de mordacidad, por otro le aportaba un cuanto de rigor y de solvencia. A esto se añadía, en la misma línea, el nacimiento del género «diccionario de dudas», cuyo primer espécimen apareció apadrinado precisamente por el prólogo en que Fernández Ramírez apuntaba las opiniones que acabo de recordar. Ambos fenómenos, periodístico y bibliográfico, han hecho aflorar el latente interés de la gente por los problemas del idioma. El citado género lexicográfico ha despertado desde entonces muchas vocaciones improvisadas hacia esta clase de obras, que hoy constituye una caudalosa familia amparada casi siempre bajo el apellido de dudas. Y en cuanto a la corriente periódica, la atención y el éxito crecientes ganados en poco tiempo por la nutrida serie

PRÓLOGO

de artículos de tema lingüístico publicados por Humberto Hernández a lo largo de más de tres años en un gran diario de Tenerife, y que ahora integran el libro que hoy tenemos entre las manos, constituyen la demostración más inmediata de que hay muchos hablantes que no son indiferentes a este componente esencial de su vida y de su personalidad que es la lengua.

¿Es la simple curiosidad lo que empuja a la gente a interesarse, cada vez más, por las cuestiones del lenguaje? ¿Es el afán, siempre encomiable, de ensanchar conocimientos? Claro está que los dos impulsos, combinados o separados, pueden llevar a las personas a asomarse a esta clase de escritos. Pero hay otro factor que pocas veces se considera: la inseguridad que el ciudadano medio padece respecto a su propio dominio del idioma y que a menudo le hace sentir la necesidad de remediar en lo posible esta carencia. La triste situación en que yace en España la enseñanza de la lengua, entroncada en el desierto inveterado de la política docente en general, hace que la mayoría de los españoles sean minusválidos lingüísticos, incapaces de explotar plenamente los muchos recursos que el don del lenguaje les ofrece. A esta deficiencia contribuye con fuerza el escaso hábito lector de tantos compatriotas nuestros que nunca encuentran tiempo para un libro porque no se lo deja el hechizo de la televisión. De todos modos, más alarmante que el no saber es la falta de conciencia de ese no saber. El ignorante profundo, el que nunca duda, es el de tratamiento más difícil.

Estas Notas lingüísticas que Humberto Hernández fue desgranando semana tras semana en las páginas de El Día son fruto de la dedicación docente de su autor, quien, a mediados de los noventa, en la universidad, empeñado en despertar el interés de sus aprendices de periodistas hacia el estudio de la lengua española, halló el arte de conseguirlo poniéndoles ante los ojos y ante la reflexión casos vivos y

actuales del lenguaje empleado en los periódicos. Pensó después en la posibilidad de extender su apostolado lingüístico a un auditorio más amplio que el de las aulas, y fueron las columnas del diario la tribuna desde la que con ejemplar constancia empezó a entregarse, y continúa entregándose, a la noble empresa.

Pero las Notas, como aquellas lecciones que fueron su remoto germen, no forman una serie sujeta a un programa general; ni siquiera cada una de ellas desarrolla normalmente un tema unitario. La continua variación de contenidos y enfoques formales de una a otra da a cada una un aire de novedad respecto a la anterior, que ahuyenta en los lectores el temor —tan lógico en cualquier serie— a toda posible monotonía. Es además frecuente que en el discurrir del artículo el punto de partida se deslice suavemente hacia otras cuestiones afines, que, a su vez, a lo largo de su exposición, miran a los lados entreteniéndose en algún caso que viene a cuento. Esta ausencia de estructura —más calculada de lo que parece—, junto con la fácil transición del tono formal al distendido, da fluidez y amenidad a los textos, que, sin ser cortos, jamás se hacen largos.

Y, sin embargo, no son intrascendentes los temas que tocan. Por ejemplo, la preocupación por la enseñanza de la lengua, tan mal atendida en cantidad y en calidad por las autoridades educativas, surge una y otra vez en los artículos. El sistema de enseñanza en general, por más que a menudo haya suscitado la complacencia y hasta el triunfalismo de los regidores de la educación, provoca, con su deshumanización y esterilidad, denunciadas por Hernández, el descontento y la frustración de quienes se ven obligados a aplicarlo en las clases. El autor, por otro lado, no olvida la responsabilidad de las Facultades que no atienden adecuadamente la preparación como tales de los futuros profesores de los niveles preuniversitarios, ni la otra responsabilidad, la personal: la ejemplaridad del uso del idioma, que alcan-

za a todos los docentes, «sean o no de lengua española, de ciencias o de letras, técnicos o humanísticos».

No ignora Humberto Hernández la realidad de que en una parte de las tierras españolas la enseñanza de la lengua común se cruza con la bandera de la «identidad lingüística» sostenida por las autoridades autonómicas respectivas. Con razón considera muy dudoso que se contribuya a reforzar esa identidad imponiéndola por decreto. Muy sensatamente dice, refiriéndose a las Islas, que «hablar con acento canario no es necesariamente tener que recurrir de manera forzada al dialectalismo y tratar de promover la diferenciación lingüística frente a otras variedades del español». «El mantenimiento del propio acento —añade— no es incompatible con la posesión de una digna competencia lingüística que capacite para estructurar de forma ordenada los pensamientos y expresarlos de manera clara y coherente». Y en otro momento escribe: «El estudio riguroso de las peculiaridades dialectales debe conducir al descubrimiento de la enorme riqueza del idioma común y a valorar las inmensas posibilidades que ofrece el mantenimiento de su actual unidad».

Más adelante —refiriéndose ya a todo el mapa lingüístico de España— llama la atención sobre la tremenda paradoja que supone el hecho de que únicamente por razones político-ideológicas se fomente el uso de lenguas minoritarias; actitud que podría entenderse —incluso aplaudirse—, si no fuera porque en la «campana» se incluyese, además, el menosprecio y hasta el abandono de la lengua común, también materna para muchos bilingües, cuya presencia y mantenimiento se justifica sobradamente por razones culturales, pero, además, por un criterio de racionalidad o sencillamente de eficacia. Pero más paradójico resulta [...] que, mientras algunos observan la asombrosa unidad del español y el buen uso que se hace de él en latitudes muy distantes de su cuna, en la tierra que lo vio nacer no se le protege y se le